

# Rosas y Quiroga. El Tigre Y La Flor.

Mariano Ariel Peretti Avila

Image not found.

## Capítulo 1

*"Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su Ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo".*

*"El Matadero". **Esteban Echeverría (1805-1851).***

Fue en una noche destemplada y de luna llena, cuando uno de los peones de confianza le comunicó a Don Juan Manuel de Rosas, que su entrañable amigo, Facundo Quiroga (hombre de rostro tenaz y temperamento febril), lo aguardaba impaciente en la sala principal de la estancia.

-¡Estimado Facundo!- dijo Rosas extendiendo sus brazos -.Dichosos los ojos federales que lo contemplan.

-Lo mismo digo, Juan Manuel- contestó Facundo; sin recurrir a tanta galantería.

Mientras ambos caudillos reclinaban sus cuerpos sobre el respaldo de unos sillones de paño verde, unas mulatas se apresuraron a servirles dos copas de vino.

-Se lo nota preocupado, compadre, ¿qué le anda sucediendo?- preguntó Rosas.

Rascando la espesura de sus bigotes oscuros, Facundo Quiroga transmitió la razón de su pesadumbre:

-Como bien sabrá, las aguas del norte están más que caldeadas. Los gobernadores de Salta y Tucumán están dispuestos a arrancarse los ojos en una guerra civil sin cuartel. El gobernador porteño, Vicente Maza, me requirió que oficie de mediador; pero antes de mover las piezas del ajedrez, deseo conocer su opinión, a la que estimo y respeto.

-Que desenvainemos nuestras espadas contra los pérfidos unitarios, es algo lógico y aceptable- dijo Rosas exhibiendo una mirada enceguecida por la ira -Pero que entre federales nos andemos pateando el rancho por poder, es algo que hasta el santo más justo y piadoso condenaría. Por eso, Facundo, veo con muy buenos ojos que seas usted, quien ponga fin a esta contienda, una palabra autorizada como la suya, espanta moscas y

suspicias.

-A veces pienso- dijo Facundo exhalando un suspiro viciado de melancolía -, que la historia de nuestro país, será escrita por la pluma de los traidores. Mi corazón aún sigue de luto por el fusilamiento de Dorrego, y a mi espíritu le cuesta entender que el Gral. José de San Martín, símbolo nacional si los hay, se haya negado a desembarcar en esta bendita tierra, que con tanto sacrificio libertó.

-Su visión profética tornará en una lamentable realidad- acotó Rosas -. Si dejamos que La Liga Unitaria, imponga en estos pagos su despotismo central.

-Ellos nos acusan de ser unos gauchos taimados y salvajes- replicó Facundo -, que nos camuflamos en la fe y en la tradición. Pero yo le pregunto, qué pueblo bien avenido, subsiste sin fe ni tradición.

-¡Ninguno!- se apresuró a responder Rosas.

-Un pueblo que reniega de Dios y de la tradición- exclamó Facundo -, es como un árbol seco y sin raíz, que el demonio se lo lleva al infierno, para encender su hoguera.

-Por eso tenemos que estar más unidos que nunca, compadre- arengó Rosas lleno de furia -. El rojo punzó de la Santa Federación debe grabarse a sangre y fuego en la frente de cada paisano. Si logramos acallar hasta el último piquito de oro de estos sacrílegos unitarios, que no se cansan de querer confundir con sus discursos bonitos sobre la ciencia y el progreso, la filosofía y la literatura y con otras tantas fantochadas que hace años les han inculcado en el extranjero, habremos cumplido con el mandato divino del Todopoderoso.

-Son unos traidores a la patria- refunfuñó Quiroga.

-¡Qué otra cosa puede esperarse de los cipayos!- dijo Rosas propinando un violento golpe sobre una mesita de algarrobo, y bebiéndose de un solo trago su copa de vino -. Si por recibir los beneplácitos de Francia e Inglaterra- agregó -, este puñau de mandingas, son capaces de renegar hasta de las madres que los parieron.

- Y pensar que en una época confusa de mi vida, abracé con convicción la causa unitaria- dijo Quiroga agitando su pesada cabeza de un lado a otro.

-Todo hombre noble y justo, suele equivocarse a veces su camino- sentenció Rosas.

Luego de permanecer un breve instante en silencio, adoptando una

postura reflexiva, Facundo Quiroga preguntó:

-Y qué sacrificio podría hacer éste humilde servidor, para que "*El Restaurador de la Ley y el Orden*", vuelva a timonear los destinos de este convulso país.

-A usted ya no se le puede reclamar más sacrificios, amigo mío- dijo Rosas posando su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Facundo -. La política es el nido donde por naturaleza nacen y crecen los cuervos, sin embargo, representa la vocación de mi vida. Pero en este preciso momento, al igual que los sabios animales que invernan, prefiero mantenerme alejado oficialmente de la cosa pública; salvo que un acontecimiento inesperado y catastrófico, me obligue a calzarme de nuevo la cinta de gobernador.

Ante aquella respuesta tan tajante, Facundo Quiroga decidió no insistir.

Incorporándose como un relámpago de su sillón, Juan Manuel de Rosas le solicitó a Quiroga que lo acompañase hasta su despacho. De un lustroso cofre de madera color bordó, extrajo un collar dorado con un dije de plata en su centro.

-¿Qué es eso- preguntó Facundo.

-Una flor de loto- fue la respuesta.

-Es la primera vez que la veo- dijo el caudillo riojano, mirando de reojo al vistoso adorno.

-Este precioso collar, que pretendo obsequiarle- musitó Rosas a medida en que acariciaba con su mirada leonina el dije -, se lo pedí hace muchos años a un antiguo cacique indígena, porque según me había confiado, es una especie de amuleto, que prodiga protección y sabiduría a quien lo porta.

Facundo tomó el finísimo collar entre sus manos, y luego de escudriñar lo a la ligera, lo rechazó.

-Perdóneme, compadre- dijo esgrimiendo una clara mueca de fastidio -. Pero no quiero ni debo aceptarlo, estas cosas, no son más que pura superchería.

-Si bien es cierto que... sus enemigos le temen más que a un ánima en pena- dijo Rosas poniéndose serio -. Le pido por favor ,que no se me disponga a hacerme semejante desprecio, ya que yo no soy hombre de andar haciendo regalitos

Facundo Quiroga expulsó una carcajada ensordecedora.

-De haber sospechado que se me lo iba a tomar así, compadre- dijo sin abandonar su estado de algarabía -, jamás habría rehusado su presente, porque cosechar enemigos en esta vida, es tarea harto sencilla, pero perder la amistad de un verdadero amigo, hace al oficio del necio.

Rosas estrechó con fervor las manos de Facundo, que aún le sudaban producto de la intensa emoción.

-Tenga mucho cuidado, amigo- dijo Rosas guardando nuevamente el cofre -. Las carreteras se han vuelto demasiado peligrosas, y nunca falta el maula, que a uno se le anima.

Facundo le señaló a Rosas las suelas empolvadas de sus botas militares.

-¡Mire, compadre!- profirió con la valentía de alguien que desafía a la muerte y se burla del miedo -. Ningún maula va a congraciarse con el honor de ponerme patas para arriba. Y el día en que me tenga que marchar, porque el señor así lo dispuso, mis fieles paisanos habrán de enterrarme de pie, para que todos mis enemigos sepan, que "El Tigre de Los Llanos", lancea hasta después de muerto.

La charla de los caudillos se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Y después de compartir juntos un asado bajo el cielo del campo estrellado, donde no faltó el payador que templando sin dificultad las cuerdas de una guitarra criolla, recitara al lado de una fogata candente las heroicas Federales, Facundo emprendió camino rumbo al norte.

En la calurosa tarde del 16 de Febrero del año 1835, en las peligrosas y despobladas arenas de la localidad provinciana de Barranca Yaco (Córdoba), la comitiva de Quiroga fue emboscada por un tropel enemigo armado con lanzas y fusiles. Cuando el caudillo ofuscado por aquella cobarde acción, extrajo su cabeza por una de las escotillas del carruaje, y de forma reiterada, preguntó:

-¿Quién manda está partida?

El capitán y bandolero, Santos Pérez, le asestó un certero balazo en el ojo izquierdo, que le ocasionó la muerte. Lo que la historia académica jamás contó, es que minutos antes de ser ultimado, El Tigre de los Llanos advirtió con estupor, que en el reverso de la flor de loto, se hallaba inscripta la imagen del discípulo Judas (rodeado por un tumulto frenético de fariseos y soldados romanos), entregando con un beso en la mejilla a Jesús.

Posdata: Producto de la muerte de Facundo Quiroga, el día 7 de marzo del año 1835, Juan Manuel de Rosas, asumió su 2 gobernación de la provincia

de Buenos Aires, concentrando en su figura, la sumatoria del poder público.